

Identidades, razas y colonialidad: una mirada a la experiencia del

Nuevo Mundo

Por: Tatiana Luque Pulido

Resumen

Este escrito se aproximará desde diferentes categorías de análisis al proceso de construcción de identidad, suscitado durante el periodo colonial, a través de los principales dispositivos de poder que permitieron la segmentación entre razas “superiores e inferiores”. Este elemento de análisis resulta fundamental a la hora de comprender cómo se dieron los procesos de segmentación social entre “razas” en el periodo colonial, lo que supuso referir a cada una a unas prácticas y capacidades de poder particulares, cuestión que no sólo se limitó a elementos subjetivos, como la identidad de los grupos sociales, sino objetivos, como la estructura misma del Estado.

Palabras claves: Raza, identidad, poder, colonialidad, dispositivo de blancura, habitus

Abstract

This essay will approach from different categories of analysis to the process of identity construction, raised during the colonial period, through the main power devices that allowed the segmentation between races "upper and lower". This element of analysis becomes fundamental when it is time to understand how the processes of social segments between "races" in the colonial period. This assumed the references of each of the practices and capabilities of private power, a question that it did not limit itself to subjective elements like the identity of social groups but also the objectives like the structure of the government.

Key Words: Race, identity, power, coloniality, whiteness device, habitus

Introducción

La colonización de América constituye parte importante de la historia de lo que se habría denominado en alguna oportunidad el “nuevo mundo”. A partir de ella surgieron diversas dinámicas que contribuyeron a la formación de las identidades tanto de los colonizadores como de los colonizados.

Para conocer cómo se desarrollo este proceso de configuración de identidades, deben revisarse multiplicidad de conceptos, tarea que se realizará a continuación.

El primer paso de la colonización de América se dio en lo que actualmente corresponde al territorio de Haití y República Dominicana, allí los españoles se dedicaron a la búsqueda de oro en las tierras de los pobladores originales. En un principio, esta tarea fue realizada a través del trueque, pero a medida que se fue fortaleciendo la presencia de españoles en el Nuevo Mundo, este intercambio pasó a un segundo plano y se configuró toda una serie de mecanismos asociados al saqueo¹, con el fin de incrementar el nivel de extracción de recursos y con el afán de abarcar la mayor parte de territorio posible en el espacio colonial. Tal y como lo relatan diversos libros de historia colegiales, hacía el fin del siglo XVI con la llegada de más inmigrantes españoles, estos poco a poco lograron debilitar la resistencia indígena y reestructurar las comunidades para su beneficio.

Ahora bien, este proceso efectuado por los españoles no se limitó o refirió sólo a la extracción de metales preciosos de las colonias y su transporte al continente europeo, pues también supuso una gran recomposición de las sociedades indígenas y de la misma sociedad europea. Por ello, como plantea el investigador Julio Arias, este proceso puede ser interpretado no sólo en tanto etapa de la historia de la modernidad, sino, además en clave de *colonialidad*, es decir, como:

¹ La Conquista de América (capítulo 4), Recuperado el 15 de agosto de 2013, de http://esociales.fcs.ucr.ac.cr/recursos/libros_s_21/es8/texto/Unidad%204%20%20La%20conquista%20de%20America.pdf

Un fenómeno mucho más complejo y de larga duración que se refiere a un patrón de poder que opera a través de la naturalización de jerarquías territoriales, raciales, culturales, libidinales y epistémicas que posibilitan la re-producción de relaciones de dominación que no sólo garantizan la explotación por el capital de unos seres humanos por otros a escala planetaria (Arias, 2008, p. 24)

Si se asume como válida esta tesis, el proceso de colonización habría dado paso a la colonialidad como esquema o matriz –emergido en el siglo XV, pero presente en nuestros días- a partir del cual las sociedades del mundo, ahora completo por el descubrimiento del Nuevo Mundo, se relacionarían. Fundamentalmente, a partir de jerarquizaciones raciales y geográficas que sitúan a unos y a otros en una posición específica dentro del andamiaje del capitalismo.

Ahora bien, retomando al profesor Arias, él explica, utilizando a Aníbal Quijano (2000), que la colonialidad, como patrón de poder, fue utilizado por primera vez, de manera global, con la conquista de América. Y, para poder implementar este patrón, en términos epistémicos se promovió “la codificación de diferencias entre conquistadores y conquistados en la idea de raza, es decir una supuesta diferente estructura biológica que ubicaba a los unos en una situación natural de inferioridad respecto a los otros”². Así las cosas, el descubrimiento del “Nuevo Mundo” y el despliegue colonial sobre estos territorios, sirvieron de vehículo para la implementación de una serie de segmentaciones sociales en términos de razas que las estratificaron y refirieron a unas funciones y roles específicos dentro de las sociedades coloniales.

Sin duda, identificar qué efectos tuvo este tipo de despliegue de poder resulta fundamental para comprender la configuración de las estructuras sociales que se vivieron en los siglos de la colonia, además de los impactos que estas tuvieron en el orden social que se trató de implementar ya en los años republicanos, luego de las

² Quijano, A. (2000). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: Clacso

guerras de independencia de principios del siglo XIX; muchos de los cuales han trascendido hasta nuestros tiempos.

Entonces, teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, se plantea como pregunta de investigación en este escrito, la siguiente: ¿cuáles fueron los principales dispositivos de poder que permitieron la segmentación entre razas “superiores” e “inferiores” durante el periodo colonial?

Dado lo anterior, se procurará responder esta pregunta a partir del análisis de varias categorías, fundamentalmente se tomarán algunos aportes de los enfoques post-estructuralistas de Michel Foucault y Pierre Bourdieu. En este caso Foucault contribuirá al análisis desde la relación que efectúa entre el sujeto y el poder para sustentar la hipótesis de que la naturalización de jerarquías tanto raciales, culturales, territoriales, culturales, entre otras han posibilitado la reproducción de las relaciones de dominación “modernas”.

Además, a lo largo de este escrito, servirán de apoyo los aportes de los estudios post-coloniales realizados por varios académicos como Santiago Castro-Gómez, Eduardo Restrepo, Walter Dignolo y Enrique Dussel, de tal manera que permitirán visualizar el imaginario colonial y el rol que este ha jugado en la construcción de las identidades de las comunidades indígenas, y además en la sociedad colombiana en general.

Colonización y poder

Para comprender la relación entre los procesos de colonización y la configuración de identidades, se puede partir del concepto de *habitus*, planteado por Pierre Bourdieu. Para el profesor francés, este concepto puede ser entendido como un esquema de percepciones y categorizaciones con que aprehendemos la realidad, es decir, es el producto de la coacción que ejercen las estructuras objetivas sobre la subjetividad (Bourdieu, 1999, p. 95). Él realizaría el parangón entre lo objetivo y lo subjetivo como base de su teoría social, donde las reconocía como dos formas de existencia social. La primera, la estructura social objetiva era construida en

dinámicas históricas ‘Los campos’, mientras la estructura social subjetiva era interiorizada y adherida por los individuos en formas de esquemas de percepción, valoración, pensamiento y acción. En este caso el *habitus* sería explicado por Bourdieu como:

[...] un sistema de disposiciones en vista de la práctica, constituye el fundamento objetivo de conductas regulares y, por lo mismo, de la regularidad de las conductas. Y podemos prever las prácticas [...] precisamente porque el *habitus* es aquello que hace que los agentes dotados del mismo se comporten de cierta manera en ciertas circunstancias (Bourdieu, 1987, p. 40)

Por este motivo, en un principio, para la población las diferencias con la etnia dominante constituían un hecho *natural* al punto de convertir la cultura europea en una seducción, la cual no era despreciada sino anhelada, así lo mencionaría Castro-Gómez, su intención era conseguir que “*naturalizaran*”³ el dispositivo colonial como única forma de relacionarse con la naturaleza, el mundo social y con la subjetividad⁴.

De este modo, éstas prácticas se convierten en una forma de erigir la identidad pero ligada fundamentalmente al poder, a las formas de jerarquización y en este, el caso que atañe, a la construcción de una red de parentescos por un lado y la adquisición de títulos de nobleza por otro, que permitieron que la elite Neogranadina creara un *Imaginario cultural de blancura*, como elemento en el que se funda su *capital cultural*:

Cultural capital can exist in three forms: in the *embodied* state, i.e., in the form of long-lasting dispositions of the mind and body; in the *objectified* state, in the form of cultural goods (pictures, books, dictionaries, instruments, machines, etc.), which are the trace or realization of theories or critiques of these theories, problematics, etc.;

³ El resaltado es del autor

⁴ Castro-Gómez, S. (2010) *La Hybris del punto cero*, Bogotá: Editorial Pontifica Universidad Javeriana. Pg. 63

and in the *institutionalized* state, a form of objectification which must be set apart because, as will be seen in the case of educational qualifications, it confers entirely original properties on the cultural capital which it is presumed to guarantee.⁵

En este caso se trata específicamente del *embodied state* o estado incorporado, el cual, estaba “ligado de múltiples maneras a la persona, a su singularidad biológica” (Bourdieu, 1979), y está facultó a “las elites criollas a diferenciarse socialmente de otros grupos y legitimar su dominio sobre ellos en términos de distinción”⁶, principalmente en términos de distinción étnica, y fue en el orden jurídico de la época como estaban representadas estas desigualdades.

Ahora bien, al aproximarnos a la experiencia colonial del Nuevo Mundo, se puede notar cómo las elites criollas hicieron uso del *capital simbólico* de la blanca, materializándolo a través de la presunción de rasgos que eran expuestos ante la sociedad e indicaban la categoría social y étnica de quien los poseía (Castro-Gómez, 2010, p. 84)

Teniendo en cuenta lo anterior, para comprender las reconfiguraciones subjetivas que desarrollaron los colonizadores, es necesario dar cuenta del sustento epistémico que ellos utilizaron para gestionar su dominio. Inicialmente se puede plantear que se hizo uso de varios de los componentes de los discursos de la Ilustración, siendo uno de los principales el planteamiento de la superioridad de unos hombres sobre los otros y, en conexidad con esta idea, la de la superioridad de unas formas de conocimiento sobre las otras (Castro-Gómez, 2010, p. 186).

Es importante reconocer cómo el entorno condicionaba la manera en la que la identidad del pueblo se iba cimentando y cómo “a través de los atributos sociales,

⁵ Bourdieu, P. (1986). The Forms of Capital. In J. Richardson (Ed.) Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education (New York, Greenwood), 241-258. Recuperado el 12 de junio de 2013 de, <http://www.marxists.org/reference/subject/philosophy/works/fr/bourdieu-forms-capital.htm>

⁶ Castro-Gómez, S. (2010) La Hybris del punto cero, Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Pg. 71

las relaciones entre personas y los sentimientos de pertenencia”⁷ se iban fortaleciendo sus características. Esto los llevó a reconocerse como individuos con singularidades específicas, su cultura, lo que incluye la lengua, la religión, las costumbres, la procedencia geográfica y sus patrones de comportamiento. Teniendo en cuenta estos aspectos, se utilizó lo que Nietzsche denominaría el *Pathos de la distancia*, “la necesidad de manifestar de forma latente o abierta, la diferencia inconmensurable de los “señores” frente a sus inferiores”⁸

Uno de los aspectos clave para entender cómo la población del “nuevo mundo” era percibida como inferior a la sociedad europea eran las intenciones de la dinastía de los Borbones, donde “no se encontraba ya la evangelización de los indios en sus propias lenguas sino la unificación lingüística del imperio para facilitar el comercio, desterrar la ignorancia y asegurar la incorporación de los vasallos americanos a un mismo modo de producción”⁹, es decir, disipar todos aquellos rasgos y peculiaridades que la población americana comprendía.

Con el fin de hacer la distinción entre “los otros” y lograr su objetivo civilizatorio, los colonizadores, siguiendo su objetivo de convertir al dominado en un “nuevo hombre” con las características esenciales del hombre blanco occidental (Castro-Gómez, 2010, p. 63), utilizaron *la encomienda* como un elemento que permitía que el indio se amoldara a la cultura original de la etnia dominante. Su función “era velar diligentemente por la conversión integral del indio mediante la evangelización sistemática y el duro trabajo corporal”¹⁰. Por esto, posteriormente, el discurso ilustrado criollo se fundamentó en el uso de la pureza de sangre como un “dispositivo cultural” que permitiría diferenciar el *ser blanco*, no como un diferenciador del color de piel sino a través de las creencias religiosas, los tipos de vestimenta, los certificados de nobleza, los modos de comportamiento y la forma de producir conocimiento (Castro-Gómez, 2010, p. 68).

⁷ Grimson, A. (2010). Cultura, identidad: dos nociones distintas, en: Social Identities, vol. 16, No. 1, pp.63-79.

⁸ Castro-Gómez, S. (2010) La Hybris del punto cero, Bogotá: Editorial Pontifica Universidad Javeriana. Pg. 83

⁹ Castro-Gómez, S. (2010). Pg. 12

¹⁰ Castro-Gómez, S. (2010). Pg. 63

Así, las cosas, el objetivo de los colonizadores, fue entablar una relación de poder fundamentada en la superioridad étnica (Castro-Gómez, 2010), pero no a través del uso de la fuerza exclusivamente, sino utilizando estrategias de reconfiguración de las relaciones sociales y económicas que permitieran a los habitantes del *nuevo mundo* adaptarse a las formas de gen a su forma de ver el mundo.

Así lo plantea Eduardo Restrepo:

“Las prácticas de diferenciación y marcación no sólo establecen una distinción entre las identidades–internalidades sus respectivas alteridades–externalidades, sino que a menudo se ligan con la conservación o confrontación de jerarquías económicas, sociales y políticas concretas”¹¹

En este caso las prácticas de diferenciación consistieron en el uso del discurso de la *limpieza de sangre* el cual se fundamentó en “la creencia en la superioridad étnica de los criollos sobre los demás grupos poblacionales de la nueva granada”¹². A partir de este, la aristocracia de la época basaba su superioridad sobre los denominados pardos (mestizos, mulatos, zambos, tercerones) en la distinción étnica principalmente, resaltando sus valores culturales como el honor, la nobleza y el estatuto étnico (Castro-Gómez, 2010). De este modo y a partir del establecimiento de relaciones de poder podrían fortalecer las jerarquías sociales.

El discurso de las razas superiores

Comprender la forma cómo las elites criollas construyeron el principal argumento para justificar su superioridad frente a las *castas* resulta fundamental a la hora de entender la construcción de las identidades coloniales.

¹¹ Restrepo, E. (2007) Identidades: Planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio. Jangwa Pana. No. 5. Julio de 2007, Pg. 27

¹² Castro-Gómez, S. (2010) La Hybris del punto cero, Bogotá: Editorial Pontifica Universidad Javeriana. Pg. 15

Previamente, con la intención de comprender la forma en la que utilizaron estas premisas, es sustancial recordar la opinión de Kant respecto a las disimilitudes existentes entre diferentes grupos pertenecientes a una misma especie (*Art*) (Castro-Gómez, 2010, p. 39). Él consideraba que estas diferencias notables en el color de la piel no hacían alusión a diversas clases (*Arten*) sino a diversas razas ya que todos pertenecen al mismo tronco (*Stamm*), por lo que, cada una de ellas conformaban un *fenotipo* diferente, es decir, para él, cada individuo está dotado de rasgos particulares tanto físicos como conductuales que lo hacen distinto a los demás. Este término sería mencionado por primera vez por François Bernier en 1685 en su escrito "*Nouvelle Division de la Terre par les différentes espèces ouraces d'homme quil'habitent*", en él trataría de hacer una categorización de los hombres en cuatro o cinco razas (Hering, 2007, p. 20):

"Les Géographes n'ont divisé jusqu'ici la Terre que par les différens Pays ou Régions qui s'y trouvent. Ce que j'ai remarqué dans les hommes en tous mes longs et fréquens Voyages, m'a donné la pensée de la diviser autrement. Car quoique dans la forme extérieure du corps et principalement du visage, les hommes soient presque tous différens les uns de autres, selon les divers Cantons de Terre qu'ils habitent, de sorte que ceux qui ont beaucoup voyagé peuvent souvent sans tromper distinguer par là chaque nation en particulier: j'ai néanmoins remarqué qu'il y a surtout quatre ou cinq Espèces ou Races d'hommes dont la différence est si notable qu'elle peut servir de juste fondement à une nouvelle division de la Terre"¹³

¹³ Hasta ahora, los geógrafos se han limitado a dividir la Tierra según los diferentes países y regiones que en ella se encuentran. Mis observaciones de los hombres en el curso de todos mis largos y frecuentes viajes me han inspirado la idea de dividirla de otra manera. No cabe duda que los hombres son casi todos diferentes los unos de los otros por la forma exterior del cuerpo y en particular del rostro, dependiendo de las diversas regiones que habitan en la Tierra; por esta razón, aquellos que han viajado mucho pueden con frecuencia por este medio de forma inequívoca distinguir cada nación en particular. A pesar de ello, yo he observado que hay sobre todo cuatro o cinco especies o razas de hombres en las que la diferencia es tan notoria que puede brindar el fundamento adecuado para una nueva división de la Tierra. Traducción por: Profesor José Antonio Amaya

Como lo menciona Hering en su artículo (2007, p. 22), Bernier elaboraría la categoría científica que permitiría posteriormente formular las escalas jerárquicas de la humanidad.

Luego, retomando a Kant, quien en 1775 realizaría su ensayo *Von der Verschiedenen Rassen der Menschen* (De las diferentes razas de personas), afirmarí que son cuatro razas las que se podían identificar:

Creo que sólo es necesario presuponer cuatro razas para poder derivar de ellas todas las diferencias reconocibles que se perpetúan [en los pueblos]. 1) La raza blanca, 2) la raza negra, 3) la raza de los hunos (mongólica o kalmúnica), 4) la raza hindú o hinduística [...] De estas cuatro razas creo que pueden derivarse todas las características hereditarias de los pueblos, sea como [formas] mestizas o puras (Kant, 1996, pp. 14-15, Trad. Castro-Gómez, 2010, p. 40).

Diez años después haría una inclusión a esta categorización, los indios americanos, quienes anteriormente habían sido tenidos en cuenta como una variación de la raza mongólica y aparecerían ahora como una raza básica (*Grundrassen*). La variación de ésta, se debía, como el mismo lo mencionó en su ensayo de 1785, a que sus conocimientos respecto a la inmensa variedad de la especie humana generados en sus últimos viajes, contribuyeron a estimular aún más su deseo a investigar el tema (Kant, 1996, p. 65; Trad. Castro-Gómez, 2010, p. 40). Del mismo modo, el juicio de Kant no se alteró y continuó afirmando que estas diferencias entre razas no sólo están marcadas por aspectos externos como el clima por ejemplo, sino que a su vez existen *diferencias en cuanto al carácter moral de los pueblos*, por lo que reconoce las diferencias en la idoneidad que tiene cada grupo o individuo en el modo de superar, capacidad o incapacidad para educar (*Bilden*) la naturaleza moral inherente a todos los hombres (Kant, 1996, p.68; Castro-Gómez, 2010, p.40).

Así lo explica Castro-Gómez:

En efecto, por su peculiar temperamento psicológico y moral, algunas razas no pueden elevarse a la autoconciencia y a desarrollar una voluntad de acción racional, mientras que otras van educándose a sí

mismas, (es decir, progresan moralmente) a través de las ciencias y las artes. Los africanos, los asiáticos y los americanos son *razas moralmente inmaduras* porque su cultura revela una incapacidad para realizar el ideal verdaderamente humano, que es superar el determinismo de la naturaleza para colocarse bajo el imperio de la ley moral. Solamente la raza blanca europea, por sus características internas y externas, es capaz de llevar a cabo esta idea moral de la humanidad (2010, p.41)

Así, Kant reitera en su *Physische Geographie* (1968, p.316), que “la humanidad existe en su mayor perfección (Vollkommenheit) en la raza blanca. Los hindúes amarillos poseen una menor cantidad de talento. Los negros son inferiores y en el fondo se encuentra una parte de los pueblos americanos”¹⁴. No obstante, y aunque estas categorías de análisis proporcionaron un cimiento hacia la comprensión de la presencia de particularidades entre diferentes grupos humanos, acercándose más a los estudios académicos de las últimas décadas, se constata el especial interés en explicar el concepto de *raza*.

La antropóloga peruana Marisol de la Cadena interpretaría esta particular tendencia del contexto académico latinoamericano de la siguiente manera,

Raza es un concepto fascinante en los dos sentidos de la palabra. Produce atracción irresistible, sentimientos superlativos por repulsión por repulsión o por agrado. También engaña, porque aunque se exhibe como única, sus definiciones son muchas y su univocidad es una ilusión, resultado de políticas conceptuales que autorizan unas definiciones en detrimento de otras (De la Cadena, 2007; Arias y Restrepo, 2010, p. 47)

¹⁴ Cuando Kant realiza esta diferenciación, se refiere definitivamente a “la raza roja”, o los pueblos americanos, quienes, según a su modo de ver, se encuentran en la fase más primitiva del desarrollo moral, privilegiando las formas y hábitos de la raza blanca como arquetipo único de “humanidad” (Castro-Gómez, 2010, p. 41)

Sin duda, con el fin de interpretar el término *raza* en las circunstancias que corresponden en el presente escrito, se debe hacer uso de la distinción entre su interpretación. Para lograr este objetivo, Julio Arias y Eduardo Restrepo en su artículo, *Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas* (2010, p. 49) explican como el libro *Race and nation in modern Latin America* (Appelbaum, Macpherson y Roseblatt, 2003) concede una propuesta para realizar una distinción entre la *raza* como hecho social, es decir como un fenómeno histórico aleatorio que varía en el tiempo y el espacio, y por otro lado la *raza* como categoría analítica, esto es, como un dispositivo teórico para definir estas variadas articulaciones.

Haciendo uso del término *raza* como hecho social, el cual se ha transformado en el tiempo, se puede interpretar cómo el *dispositivo de blanquencia* constituyó uno de los argumentos empleados por las elites criollas a través del discurso de la limpieza de sangre. A este Mignolo lo denominó como el primer discurso universalista de los tiempos modernos y sería el que circularía en el siglo XVI como el primer esquema de clasificación de la población mundial (Castro-Gómez, 2010, p. 54).

Este discurso no surgiría en el siglo XVI sino proviene de la edad media, momento en el que, pensadores veían al mundo como una gran isla dividida en tres regiones: Europa, Asia y África, denominada *orbis terrarum* (El círculo de la tierra). *Orbis* se refiere en latín a círculo, y se utilizó para hacer referencia a un mundo plano y redondo. El origen de esta noción,

[...] se remonta a Hecateo, quien al parecer, fue el que introdujo en la división bipartita conocida por Homero –regiones del norte y regiones del sur – una distinción que, andando el tiempo, acabó por afirmarse como la “tercera parte del mundo”, Herodoto da cuenta de su novedad, y aunque en principio, se atiene a la división antigua, cuyas partes ya se conocían con los nombres de Europa y Asia, de hecho acepta la modificación de Hecateo, puesto que le concede a Libia, es decir a África un tratamiento por separado. Y si de una mirada abarcamos el gran despliegue de la ciencia geográfica de la Antigüedad representado, a partir de Herodoto, por Eratóstenes, Hiparco, Polibio,

Estrabón, Mela, Plinio, Marino y Tolomeo para solo mencionar lo más ilustre, se advierte que la división tripartita se fue afirmando y precisando hasta convertirse en la base imprescindible de la organización de aquella disciplina (O' gorman, 1958, p. 147)

Lo anterior, cobra relevancia para entender que ésta división no consistió exclusivamente en una distribución territorial, sino a su vez estribó en la segmentación de la organización cultural del mundo. Por esto, y como es explicado por O' gorman, Europa, Asia y África aparecerían en la mentalidad de la antigüedad no sólo como entidades territoriales sino como estructuras de orden cualitativo, en las cuales se desarrolla la vida humana, pero no con una idea de igualdad sino, contradictoriamente como una jerarquía,

[...] que no remite primariamente a circunstancias naturales, sino a diferencias de índole espiritual (O' gorman, 1958, p.147)

Respecto a esta jerarquización Europa ocuparía el escalón superior, pero no por tratarse de un tema de riqueza o afluencia, sino, por ser percibida como la más apropiada para el desarrollo humano, o como se menciona en *La Invención de América* (1958, p.147), para la realización plenaria de los valores de la cultura. Fue este periodo, donde su interés se centraría en el mundo que ya conocían y en el tipo de población que la componía.

En esta época estas tres partes del mundo fueron ordenadas de acuerdo al criterio de *diferenciación étnica*:

Los asiáticos y los africanos, descendientes de aquellos hijos que según el relato bíblico cayeron en desgracia frente a su padre, eran tenidos como racial y culturalmente *inferiores* a los europeos, descendientes directos de Jafet, el hijo amado de Noé (Castro-Gómez, 2010, p. 55)

En este caso Mignolo menciona que el cristianismo conceptualizó de nuevo el antiguo esquema de división poblacional, de manera que lo hizo desempeñarse

como una *taxonomía étnica y religiosa* de la población (1995, p. 230; Castro-Gómez, 2010, p. 56).

Como fue visto previamente, y para entender de manera concluyente como la *raza* se convertiría según los estudios culturales, en una invención meramente colonial, y como lo afirma Restrepo en su escrito, *Raza-Etnicidad* (2008, p. 245), Hall efectuaría una distinción analítica entre etnicidad y raza, de manera que considera:

[...] la etnicidad como un concepto asociado a una locación social (el lenguaje del lugar) y articulado a través de “rasgos culturales” (Etnicidad es el término que nosotros damos a los rasgos culturales – lenguaje, religión, costumbres, tradiciones, sentimientos por ‘lugar’ – que son compartidos por un grupo (Hall, 2000, p. 615; Restrepo, 2004, p. 245)

Por el contrario, la raza la entiende y relaciona con la discriminación, tomando propiedades *somáticas* que actúan como *diacríticos raciales* (Hall, 2000, p. 222-223; Restrepo, 2004, p.245).

El lugar de los indios para los colonos

Como se venía observando, producto de esta división y de acuerdo a Mignolo (1995, p. 17), la creencia en la superioridad étnica de Europa sobre las poblaciones colonizadas, estaba emplazada en el esquema de la división tripartita de la población mundial, como ya se mencionó anteriormente. Los territorios encontrados por los europeos a partir de la colonización, no representarían un componente más a incorporar en dicha clasificación, sino, por el contrario, fueron vistos ontológicamente, es decir, se identificaron cuáles eran sus habilidades, actitudes y

falencias como sociedad¹⁵, a partir de allí los reconocieron como *la prolongación natural del hombre blanco y europeo*, y denominado, el “nuevo mundo”.

Castro-Gómez menciona la lectura hecha por Mignolo acerca del dispositivo de blancura, éste lo percibe como el primero incorporado mundialmente “en el *habitus* de la población inmigrante europea, legitimando al mismo tiempo la división étnica del trabajo y la transferencia de personas, capital y materias primas a *nivel planetario*”¹⁶. De este modo, la forma de incorporar dicho razonamiento en el ámbito mundial y particularmente en las percepciones de la población se materializó en los discursos o imaginarios culturales, que se objetivarían por medio de mecanismos disciplinarios como, leyes, instituciones y burocracias coloniales, traducidas en formas concretas de subjetividad (Castro-Gómez, 2010, p. 58).

Para el caso que concierne, en esta oportunidad, se tendrá en cuenta esta condición contextualizada en el marco de las coyunturas suscitadas en la Nueva Granada, y cómo los inmigrantes europeos que arribaron al “nuevo mundo” convirtieron sus estructuras de pensamiento y modos de vida en el *habitus* de la población receptora. Como es reconocido por Mignolo, esto no hubiese sido posible sin la invención de un discurso que permitiera relacionarse y por consiguiente adherirse al mismo (*habitus*) tanto de los dominadores como de quienes fueron dominados, y así resalta que sin esta condición el colonialismo europeo hubiera sido imposible (1995; Castro-Gómez, 2010, p. 57).

Los europeos trajeron consigo una variedad de imaginarios que fueron configurando el pensamiento de las elites criollas, ésta emergería por una parte, a partir de alianzas matrimoniales efectuadas con el fin de consolidar e incrementar el patrimonio familiar que se iba heredando, (Castro Gómez, 2010, p. 68), lo cual les permitió, entonces, ubicarse en una posición de predominio social frente a otros grupos.

¹⁵ O’ gorman refiere “ la necesidad de considerar la historia dentro de una perspectiva ontológica, como un proceso productor de entidades históricas y no ya, según es habitual, como un proceso que da por supuesto, como algo previo, al ser de dichas entidades” (1958, p. 9)

¹⁶ Castro-Gómez, S. (2010) *La Hybris del punto cero*, Bogotá: Editorial Pontifica Universidad Javeriana. Pg. 57

Al inicio, el establecimiento de estas asociaciones, estaban controladas por ciertas singularidades que debían ser cumplidas para ser considerados parte de la elite colonial, esto claramente con el fin de *trazar una frontera étnica* frente a indios, negros, mulatos o mestizos. Para cumplir dicha finalidad, las elites criollas crearon los cuadros de castas, los cuales representaban el proceso de mestizaje que se encontraba en proceso hacia el siglo XVIII en América hispana y los cuales consistieron en una serie de imágenes algo pintorescas donde se mostraba los diferentes tipos de mezcla racial.

Sin embargo, y pese al control que ejercían las elites frente al proceso de mestizaje, poco a poco la mezcla de razas permitiría a otros grupos sociales “purificar su sangre”. ¿En qué consistió este proceso?:

Nótese, por ejemplo, que el estigma de la mezcla racial podía desaparecer en la tercera generación sólo porque el varón mestizo era visto como hijo de dos razas “puras” (español e india) y tenía, por tanto, la oportunidad de “redimir” su prole si engendraba hijos legítimos con una mujer blanca. A su vez el fruto de esta unión (el castizo) podía tener hijos legítimos considerados ya como españoles, pero sólo si seguía fielmente el ejemplo de su padre, es decir, si se casaba con una mujer blanca (Castro-Gómez, 2010, p.75-76).

Al respecto, Ilona Katzew afirma en su ensayo respecto a los cuadros de castas, que estos constituían la necesidad de las elites del siglo XVIII por concebir un orden, además de poder controlar el creciente proceso de mestizaje que se llevaba a cabo en ese momento. Enunciado de esta forma, la verdadera trascendencia en estas taxonomías residía en el hecho de que, a partir de ellas, la elite dominante (elite criolla), delimitaba lo que implicaba ser blanco (Katzew, 1997; Castro-Gómez, 2010, p. 77). Luego de poder reconocerse dentro de un grupo u otro, se podía definir qué privilegios tenía o de cuáles quedaban excluidas las personas pertenecientes a algunas de las castas.

En este sentido y como lo argumenta Castro-Gómez (2010):

El discurso de *la limpieza de sangre*, con toda su connotación étnica y separatista, formaba parte integral del *habitus* de la elite criolla dominante, en tanto que operaba como principio de construcción de la realidad social (Castro-Gómez, 2010, p.78)

Es a través de él como, *naturalizan* frente a otros grupos étnicos su calidad de raza superior, dotados de características y singularidades especiales las cuales los posibilita y los localiza en la estratificación más alta de la esfera social.

En cuanto al indio, las elites asignaron un valor a su carácter y su personalidad. Por tratarse de ser la *raza* vencida, su principal diferencia cultural fue leída como una señal de incapacidad frente al carácter (*ethos*) del dominador o vencedor. Esto permitió a los dominadores descalificar todo aquello que proviniera de este grupo, sus formas culturales, la manera de relacionarse con la naturaleza, con la sociedad, etc.

De este modo, si los indios atribuían al trabajo un valor diferente al de la productividad, los españoles interpretaban esto como síntoma de pereza y holgazanería; si adoraban unos dioses diferentes a los de la Biblia, entonces eran supersticiosos; si tenían una forma diferente de entender la sexualidad, eran tenidos como depravados; si poseían una tecnología diferente para cultivar la tierra, eran tildados de estúpidos o “escasos de luces”. La desviación cultural con respecto al patrón dominante empezó a ser vista como un *defecto natural* propio de la casta. Pertenecer a la casta de los indios equivalía no solamente a tener unas características somáticas diferenciadoras, sino también, y principalmente, a poseer un carácter y una personalidad esencialmente *inferiores* a las del hombre occidental (Castro-Gómez, 2010, p.78).

Desde la Nueva Granada se estigmatizó a los indios y mestizos, concediéndoles características despectivas, asignándoles “defectos naturales”, tales como la haraganería y la pereza, lo que los identificaría posteriormente como una *raza* “floja”, por naturaleza, poseían en su sangre no sólo “los vicios propios de la raza primaria, sino que además heredaban vicios nuevos, propios de la combinación racial”¹⁷.

Gumilla (1994) realiza una taxonomización jerárquica de la población americana de acuerdo a su origen étnico, en la cual los indios se encuentran situados en la parte más baja de la categorización. Aún así realiza una distinción entre los indios de México, Perú y la Nueva Granada, situando a estos últimos en el punto inferior. En resumen el indio de la Nueva Granada, en especial aquel que puebla la selva amazónica, es:

Un monstruo nunca visto, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconsistencia, espaldas de pereza [y] pies de miedo (Gumilla, 1994 [1741], p. 49; Castro-Gómez, 2010, p.188)

De esta manera se puede argüir, el modo en el que desde tiempos de la colonización se percibió la comunidad pobladora del “nuevo mundo”, expresada a través de significados peyorativos, y descrita con calificativos odiosos. Estas categorizaciones se transformarían en el tiempo, no propiamente adhiriendo un carácter positivo a su nueva transfiguración, sino más bien desarrollando y creando una serie de nuevos discursos que han brindado protagonismo a esta comunidad.

El imaginario colonial en nuestros días: una pequeña mirada

Cuando preliminarmente se menciona cómo se utilizó en la nueva granada el *habitus* para naturalizar entre la población las diferencias existentes entre etnias, la dominante y la dominada, se explicó de qué manera algunas prácticas y conductas se hicieron regularmente hasta lograr que la población receptora las

¹⁷ Castro-Gómez, S. (2010). Pg. 79

convirtieran en ejercicios frecuentes y comunes, refiriéndonos tanto a actividades cotidianas como a sistemas de pensamiento. Del mismo modo ocurre hoy, se hace uso de distintos instrumentos para sumarle o restarle importancia a la existencia de los grupos indígenas, aún reconocidos como diferentes y excluidos con el argumento de la protección y preservación de su cultura.

Bibliografía

Arias, Julio y Restrepo, Eduardo (2010). "Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas". Revista Emancipación y crítica, año II, No.3. Primer semestre

Arias, Julio. (2008) "Nación y diferencia". Genealogías de la Colombianidad: Formaciones discursivas y tecnologías del gobierno en los siglos XIX y XX, (Ed.) Santiago Castro-Gómez y Eduardo Restrepo. (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana)

Bernier, François. (1685). "Nueva división de la tierra de acuerdo a las diferentes especies o razas de hombres — Nouvelle Division de la Terre par les différentes espèces ouraces d'homme qu'il'habitent". En: Hering Torres (Ed.), Raza: Variables históricas, 16-27. Revista de estudios sociales, versión en línea. Recuperado el 13 de septiembre de 2013, de <http://res.uniandes.edu.co/view.php/229/view.php>

Bourdieu, Pierre. (1979) "The Forms of Capital" in J. Richardson (Ed.) Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education (New York, Greenwood), 241-258. Recuperado el 10 de junio de 2013, de <http://www.marxists.org/reference/subject/philosophy/works/fr/bourdieuforms-capital.htm>

Bourdieu, Pierre (1979) "Actes de la recherche en sciences sociales", 30 de noviembre de 1979. Traducción de Mónica Landesmann. Texto extraído de Bourdieu, Pierre, "Los Tres Estados del Capital Cultural", en Sociológica, UAM – Azcapotzalco, México, No.5, pp. 11-17

Bourdieu, Pierre. (1997) "Razones prácticas sobre la teoría de la acción". (Barcelona: Editorial Anagrama)

Bourdieu, Pierre. (1998) "La distinción" (Madrid: Editorial Taurus)

Castro-Gómez, Santiago. (2010) "La Hybris del punto cero" (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana).

Dussel, Enrique. (1992) "1942 El encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad". (Plural Editores. Universidad Mayor de San Andrés)

Foucault, Michel. (1983) "El sujeto y el poder". Edición electrónica de www.philosophia.cl / Escuela de filosofía Universidad ARCIS

Gumilla, José. (1784) "1994 Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en la riveras del Río Orinoco". Su autor el padre Joseph Gumilla, misionero que fue de las misiones del Orinoco, Meta y Casanare (Santafé de Bogotá: Imagen)

Hall, Stuart y Mellino, Miguel. (2007) "La cultura y el poder: Conversaciones sobre los estudios culturales". (Roma: Melterni Editores).

Kant, Immanuel. (1968). "Physische Geographie". In Kants Werke. Band IX (Berlin: Walter de Gruyter)

Kant, Immanuel. (1996) "Von den verschiedenen Rassen der Menschen". In: ders, Schriften zur Anthropologie, Geschichtsphilosophie, Politik und Pädagogik.

Restrepo, Eduardo. (2007) "Identidades: Planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio". Jangwa Pana. No. 5. Julio de 2007

Restrepo, Eduardo. (2008). "Raza/etnicidad", en: Monica Szurmuk y Robert McKee (eds.), Diccionario de estudios culturales latinoamericanos. pp. 245-246. México: Siglo XXI. 2009

Restrepo, Eduardo. (2009) "Cuerpos racializados". (Bogotá: Revista javeriana)

Grimson, Alejandro. (2010). "Cultura, identidad: dos nociones distintas", en: Social Identities, vol. 16, No. 1, Enero 2010, pp.63-79

Quijano, Aníbal. (2000) "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas, (Ed.) Edgardo Lander. Buenos Aires: Clacso